

La sociedad filarmónica mexicana y su vigencia secular

BETTY LUISA ZANOLLI FABILA

A mediados del siglo XIX el ambiente cultural de México era boyante. La realización de amenas tertulias literario-musicales era una práctica más que frecuente. En ellas acostumbraban participar notables exponentes de diversas disciplinas, aunque predominaban las de carácter artístico. Así, músicos de la talla de Tomás León, Aniceto Ortega, Melesio Morales y Julio Ituarte, coincidían con algunos de los más ilustres miembros de la intelectualidad mexicana de aquel entonces que aunaban a su pasión musical el cultivo de otra profesión, especialmente la galénica. En dichas veladas la participación de pianistas como Francisco Villalobos y Francisco Sanromán, y de aficionados entusiastas como Agustín Siliceo, Antonio García Cubas, Casimiro de Collado, Eduardo Liceaga, Francisco Ortega, José Ignacio Durán, José Dueñas, Lázaro Ortega, Ramón Terreros y Urbano Fonseca era frecuente, de tal modo que pronto surgió en ellos la idea de conformar un club filarmónico para reunir, a la usanza de la Camerata Bardi de Florencia en el mil quinientos, a todos los amantes de las bellas artes. Tal habría de ser el germen de la “Sociedad Filarmónica Mexicana”, fundada a finales de 1865, la más importante agrupación de la historia musical de nuestro país en la que las artes de la música y la literatura florecieron de manera espectacular, constituyendo la fundación de su Conservatorio de Música, la mejor y más importante de sus obras materializadas.

El reglamento de la naciente sociedad fue elaborado principalmente por Aniceto Ortega con la colaboración de Urbano Fonseca, Julio Clement y Agustín Balderas, y en él justamente quedaron plasmados sus principales

objetivos: fomentar el cultivo de las ciencias y de la práctica musicales; procurar el progreso y adelantos de la música en México y atender al bienestar de los profesores de música proporcionándoles recursos a los que los necesiten y se hayan hecho dignos de ellos por su habilidad y buena conducta; y prefiriendo a sus hijos en la enseñanza de la música, que la sociedad filarmónica establecía.

Su presidente fundador fue Manuel Siliceo; su vicepresidente José Ignacio Durán; tesorero, Clemente Sanz; en calidad de prosecretario, Lorenzo Elizaga y en el cargo de secretario, Eduardo Liceaga, quien en su memorial destacó como meta de la sociedad, el que ésta se proponía cultivar la música, extender la enseñanza, favorecer a los artistas desgraciados y endulzar los momentos de descanso de los socios con los encantos de este arte, en una palabra, mezclar “la utilidad con el recreo”. Era evidente que la Sociedad, constituida bajo los preceptos clásicos, adoptaba como lema el *Utile dulci* de Horacio, quien en su *Ars Poetica* contemplaba la necesidad de la elaboración ulterior, de la perfección técnica, del rigor y de la conciliación de lo ameno (dulce) con lo instructivo (útil).

La novel sociedad acordó admitir en su seno a maestros y amateurs o dilettanti, y organizar conciertos sabatinos semanalmente, lo que contribuyó a que la organización pronto adquiriera renombre y popularidad con los cuales justificar su divisa para inmediatamente proceder a establecer las bases de su institución educativa. Indudablemente tenía razón Antonio García Cubas, otro de sus primeros cronistas y miembro fundador, al afirmar que con su nacimiento se había marcado en México una era del adelantamiento del arte filarmónico, ya que desde el momento en que se postulaba la crea-

ción de una escuela especializada en la formación de músicos, se sentaban las bases para la verdadera profesionalización de la música, comprendida como una disciplina más del conocimiento humano.

La sociedad y su escuela de música, creadas a partir del interés y entusiasta participación de los intelectuales más conspicuos de mediados del siglo XIX –como lo prueba el hecho de que para la constitución de la primera se congregaron no sólo quienes hacían de la música su vida y profesión, sino también quienes exclusivamente podían gustar de ella, destacados literatos, políticos y mecenas del arte en general que formaron parte de sus filas–, iniciaron respectivamente sus labores en pleno Segundo Imperio.

Sobre este punto, se podría considerar que la actitud favorable de la casa Habsburgo para el fomento de la cultura debió haber contribuido a impulsar estas iniciativas particulares, entre otras cosas, por el hecho de provenir el Emperador de una corte amante por tradición de las artes y de la música en particular, y debido a que varios de los miembros de la Sociedad Filarmónica Mexicana fueron individuos cercanos a los círculos imperiales, como en el caso de Tomás León –el pianista más prestigiado de aquellos años y especialmente celebrado por el emperador Maximiliano–, y de Manuel Siliceo –titular del despacho de Instrucción–.

Así mismo, algunos de los socios fueron también integrantes de la Comisión Científica, Literaria y Artística de México, formada en 1864 por el Emperador Maximiliano con mexicanos y franceses. Presidida por el ingeniero José Salazar Ilarrequi, en la sección de Bellas Artes figuraron, entre otros, los filarmónicos Urbano Fonseca, Pedro Escudero y Echánove, Alejandro Arango y Escandón y José María Roa Bárcenas, miembros también de la Academia de San Carlos, y los artistas Juan Cordero y Santiago Rebull, que serían más tarde profesores del plantel conservatorio, además del respectivo presidente de esta sección, el pintor Lorenzo de la Hidalga, miembro igualmente de la Sociedad Filarmónica.

Igualmente ilustres, fueron los nombres de sus socios: Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, Pedro

Escudero y Echánove y Rafael Martínez de la Torre, entre los políticos; de Aniceto Ortega, José Ignacio Durán, Eduardo Liceaga, Rafael Lucio y Julio Clement entre los médicos; de José T. Cuéllar, Manuel Payno, Justo Sierra, Ignacio Manuel Altamirano, Luis Ortiz, entre los literatos; de Antonio García Cubas como científico; de Angela Peralta, Melesio Morales, Tomás León, José Valero entre los artistas; así como los de los destacados Luis Muñoz Ledo, Ramón Romero de Terreros, Faustino Gorívar, Fernando Rodríguez de San Miguel, José Juan Cervantes, Antonio Escalante, por sólo mencionar a algunos, permite advertir la trascendencia en los distintos ámbitos de la cultura mexicana que tuvieron la mayoría de los personajes que en aquellos momentos tomaron parte en el referido proyecto.

Integrada la sociedad inicialmente con 74 miembros fundadores pronto llegó a reunir a cerca de 500 afiliados, entre los que se destacaban cinco categorías: 197 socios protectores, 160 socios aficionados, 87 socios profesores; 26 socios literatos y un socios honorario, Franz Liszt. En poco tiempo el éxito de la agrupación era indudable. El propio Liceaga lo proclamaba de manera reiterada, pues aún careciendo de fondos, de local e instrumentos, los miembros de la Sociedad no cejaban de luchar en aras del progreso y del arte. No era para menos, en sus miembros existía una indudable identificación y un común vínculo: un sentimiento pronacionalista que los animaba a sumar sus esfuerzos por el engrandecimiento de la patria.

De esta forma, los músicos y literatos, médicos e historiadores, abogados y políticos que decidieron unirse bajo la égida del arte en la Sociedad Filarmónica Mexicana, sentaron un precedente hasta ahora insuperado. A casi un siglo y medio de distancia, la trascendencia, el impacto, el ejemplo que nos legó este grupo de intelectuales y humanistas sigue vigente. Profundizar la investigación sobre su trayectoria, la reflexión sobre sus principios, el análisis de quiénes y por qué se unieron en esa actividad común, es tarea impostergable para todos los que creemos que en el arte en todas sus manifestaciones, radica la más directa vía para la elevación del espíritu. ■